

cribí á mi casa una carta de ocho páginas, en las cuales decía que Milan me había parecido la ciudad más hermosa del mundo, que Manzoni era un ángel, y que yo era feliz.

Por la noche, ya tarde, llegué á Pavía, y al entrar en casa me encontré con varios amigos que se echaron todos encima con la misma pregunta:

—¿Le has visto al fin? ¿Le has hablado?

—Le he visto, le he hablado y aún más le he abrazado también, contesté.

—Vamos á ver, cuenta,—dijeron todos á una voz.

—Os lo diré todo.—respondí—pero dejadme hacer un ligero prefacio. Esta mal hablar uno de sí mismo, "pero cuando el yo, en lugar de ser el objetivo de lo que se dice, no es más que un medio para contar con mayor facilidad cosas que se refieren á otros y que pueden parecer agradables á muchos..."

—Vamos, hombre, basta,—exclamaron todos— ¡qué pesadez! Dí lo que te pasó, y cómo te arreglaste para que te recibiera.

—Os lo diré,—comencé—pero es preciso tomarlo de más atrás. "Estando en el colegio, tenía diez y seis años y escribía versos. Mi profesor de literatura..."

¡Diablo! Sin advertirlo empezaba á escribir nuevamente el artículo. Bien se ve que al cabo de ocho años que hace de la visita, cuando pienso en ella, aún se perturba mi cabeza.



UN PEDANTE SIMPATICO

Los pedantes á medias, esto es, los que pedantean por hacerse temer, sin haber conseguido hacerse admirar; los pedantes malignos que se enfurecen contra las palabras porque detestan á las personas; los pedantes frios que desprecian con la sonrisa en los labios, todos son gente vulgar y fastidiosa.

Es preciso haber nacido con instinto pedante para desvelarse, por ejemplo, por haber oído un galicismo, para reñir con un amigo que puso en lugar de *bijúo*, *bijo* solamente; y para que se sienta sincera compasión hácia quien dejó escapar *toeletta* (atavío) en lugar de *teletta* (telilla), arremetiendo airado contra todos los que no saben emplear los monosílabos. Este es el que se roe y se consume como verdadero víctima, haciendo el pedante con el celo y valor de un misionero de

Nuestra Santa Lengua Inmaculada: pero ese me agrada, y es el único que me inspira respeto; sería un mal si se perdiera la semilla.

A esta especie pertenecía uno que tuve ocasion de conocer en Florencia y cuyo recuerdo agradable va siempre unido á un sentimiento de sincera admiracion. Le ví por primera vez siendo jovencillo y cuando acababa de entrar poco menos que á empujones en la república literaria. Me produjo viva impresion. Lo ví de noche metido en el fondo de una librería, leyendo con afan: sus largas y descarnadas manos, apoyadas en el libro parecian dos enormes arañas que estuviesen en acecho para cazar *galicismos*; su nariz ganchuda, tocando casi en el libro, semejaba el pico de un pájaro que urgaba buscando los gusanos *impropiedad*; su cuerpo flaco y elevado, encorvado sobre la mesa, era como instrumento de tortura aplicado para dislacerar al escritor á quien leía.

Hablando con el librero que era piamontés, como yo, dejé escapar algun provincialismo, é instantáneamente ví aparecer y desaparecer de su cara dos grandes manchas blancas... el blanco de sus ojos. Tan pronto se mordía el labio inferior como se echaba á reir con violencia. De repente cierra el libro, y levantándose, dice en alta voz:—¡Ah, qué gente! ¡Ah, qué lástima de galera!—Sin más cogió el sombrero y se largó. Todo el mundo se echó á reir y yo tambien. Lleno de curiosidad me acerqué á la mesa para dar una ojeada al libro.... ¡¡Era mio!!

Pasado algun tiempo pedí informes á cierto amigo suyo que le conocía íntimamente.

—Es una hermosura ese hombre,—me dijo;—sólo se le conoce alguna extravagancia. Ten presente que cuenta con dos vidas; una real, la que vivimos todos en medio de nuestros semejantes, y otra, puramente imaginaria, en el pequeño mundo que él se ha creado con la lengua. En este pequeño mundo, en el cual los hombres son palabras y los hechos frases, experimenta las mismas pasiones que en el mundo real. Así tiene palabras que ama como si fueran hijas suyas; otras que odia y desprecia, como á su mayor enemigo; palabras que persigue á muerte, frases que turban su sueño y su digestion, y otras que le consuelan, animándole para soportar los males de esta vida. Algunos vocablos le ofenden como si fueran injuriosos, otros le aflijen al igual de una desgracia de familia, y los hay en la lengua, que llenan su espíritu de dudas amargas haciéndole vivir en continua inquietud. Que su hijo llegue á ser una mala persona ó que la palabra *cómpito* (tarea) cambie poco á poco de significado, son dos calamidades próximamente de igual valor para él. Que llegue Italia á mejorar su hacienda y que el verbo Tal llegue á equivaler al verbo Cual, son dos fortunas que él desea con igual ardor.

Yo sonrei y mi amigo prosiguió:

—La única aspiracion grande que siente es que en su país se escriba bien; el dolor más profundo, que no se sepa escribir. Sus afectos, sus pensamientos, su

vida toda gira sobre este quicio: la pureza de la lengua.

Llegué á saber cosas de él que me parecieron increíbles, por más que me las asegurasen con insistencia. Contaban que un día había tenido el siguiente diálogo con un criado suyo:

—¡Tono, el café!

—*Se lo traigo.*

—¿Qué has dicho?

—Que si *se lo traigo.*

—Tienes ocho días para buscar otro amo, ¡torpel! Y lo despidió.

Se refería, que habiéndose encontrado con un amigo suyo que le dijo:—He leído con mucho *interés* su artículo.—Me importa un higo,—le respondió, volviéndole la espalda...

También corría como verídico, que otra noche, conversando, había demostrado con un largo razonamiento y con la mayor seguridad, que el hombre que fuese capaz de escribir—*al lado allá de los montes*—en lugar de—*del lado allá de los montes*—sería muy capaz de asesinar á sangre fría á su padre.

Fuesen ó no ciertas todas estas versiones, al cabo de oír tantas, me entraron ganas de conocerlo; antes, sin embargo, quise enterarme de lo que pensaba de mis escritos, aun cuando la escena ocurrida en casa del librero no diese lugar á duda alguna consoladora. Un amigo de ambos le interpelló, obteniendo sobre el particular la siguiente respuesta:

—Decidle que, en lo que toca al sentimiento, no está mal, pero por lo que respecta á la lengua, escriba como un sarraceno.

¡Menos mal!—pensé—ahora á lo menos ya sé á qué país pertenezco, y cuál es la nacionalidad de que debo despojarme. Le fuí presentado, me acogió cortesmente, recayendo la conversacion inmediatamente sobre la lengua. Pedile consejos, y suspirando me dijo que corrían tiempos desgraciados, que no había amor patrio y que los bribones tenían la sartén por el mango; en todo esto se refería á la lengua, no á la política. Le pregunté qué escritores contemporáneos de los más ilustres, toscanos, se entiende, podrían servirme en la lengua para no salir del buen camino; le fuí nombrando uno á uno.

—¿Y Fulano?

—¡Por amor de Dios!—respondió.

—¿Y tal otro?

—¡Oh, dioses, no nos faltaba más que esta calamidad!

—Entonces, Perengano.

—¡Oh, pobre jóven, qué cosas le pasan á Vd. por la cabeza!

Tras de lo cual empezó á citarme larga fila de galicismos, de idiotismos, de neologismos, de errores de todas clases que se les habían escapado, usando con tal motivo y con la mayor seriedad, todas las expresiones que suelen aplicarse en semejantes casos á los malhechores y desalmados, como por ejemplo:

—¿Le parece á Vd. que esto es proceder de gente honrada? No sé Fulano de Tal qué fin tendrá. Se necesita haber perdido el pudor, etc., etc.

—Sabiedo que yo mismo era culpable en gran parte de los errores que echaba en cara á los demás, temí por un momento que me echase mano y me llevara á la prevencion.

—¿Entonces quién es el que sabe escribir italiano? —le pregunté.

—¡Nadie!—gritó levantando el baston.—Habrán alguien que escriba con palabras italianas, y cuyas frases tomadas una á una lo serán tambien; pero el conjunto del escrito, la urdimbre, el proceso del pensamiento, ¡por Dios, siempre es francés, francés, y francés! La piel es nacional, y la sangre que por debajo circula bárbara! Todos son bárbaros, italianos renegados, escritores sin conciencia y sin corazon! Persuádase Vd. de ello; á pesar de que sea una verdad vergonzosa, es la verdad pura y neta!

Llegamos en este momento á la puerta de su casa.

—Pero, añadí con timidez: Alejandro Manzoni,...

—¡Virgen María!—exclamó tapándose los oidos con las manos y echando á correr á su casa.

Asistí otro día á una riña curiosa entre él y el más grande de los *dos fundadores de la prosa burguesa*, de que habla Carducci en su poesía *Italia en el Capitolio*.

Estábamos varios en la redaccion de una Revista mensual con Mamiani, Berti y otros *bárbaros*. Nues-

tro personaje acometió rudamente contra la "maldita gracia" de usar los nombres propios sin artículo.

—Os aseguro—decía,—que cuando leo *la casa de Manzoni ó la estatua de Dupré*, en vez de la casa *del* Manzoni ó la estatua *del* Dupré, no entiendo.

—¡Qué tiene que ver!—respondió el prosista burgués;—eso es una exageracion.

—Os aseguro que no lo entiendo.

—Pues afirmo que lo entendeis perfectamente.

—¡Repito que no!—gritó el purista con la cara encendida.

—¡Juradlo!

—¡Lo juro, por Dios!—y poniéndose en pié dió un gran puñetazo en la mesa.

—¡Habeis jurado en falso!—replicó el primero con su estentórea voz, enmedio de la risa y de la gritería general,—y si llegais á desafiarme, os mato sin piedad, porque estoy seguro que ireis derechito al infierno!

El pobre purista cayó desalentado en su silla exclamando con voz flaca y los ojos vueltos hácia el cielo:

—*¡La casa de Manzoni!*... ¡Oh, qué gente! ¡Qué país!

Otra noche se presenta con aire grave en la sala diciendo con tono triste y compungido, dirigiéndose á todos:

—Sería preciso advertir á Bonghi...

Todos pensaron á una, á Bonghi le ha ocurrido alguna desgracia.

—Sería preciso—continuó diciendo con igual gravedad—que algun amigo íntimo suyo se encargase de ello; porque pasa todos los límites de... ¡Este hombre pierde la cabeza!

—¿Pero qué ha pasado?—preguntaron todos con ansiedad.

Lo que pasaba es que en una de sus reseñas políticas había escrito *la fila de la oposicion*, en lugar de *las filas*. Todos respiraron.

Pasan de cincuenta las anédoctas como estas que podrían citarse.

Conmigo, si bien me tenía por un pobre diablo, jamás pudo estar en paz. Reconocía mis esfuerzos, y también que había hecho algun progreso del Africa á Italia; pero en sustancia, para él, era siempre un sarraceno. Así se lo decía á mis amigos, honrándome con frases como esta:—¡Qué lastima!—¡Quién sabe, quizá con el tiempo!..—que derramaban un poco de consuelo sobre mi espíritu. Teniendo corazon como lo tenía, á pesar de su pedantismo, á veces se quedaba mirándome con benévola expresion de piedad; pensaba sin duda, con pena, que siendo yo tan jóven y estando ya fuera de camino, me esperaban muchos dolores; tendría que arrastrar una vida azarosa, educaría mal á mis hijos, concluiría mis días malamente. Bastaba, sin embargo, que le preguntase de repente: ¿cosa piensa? para que viera reaparecer sobre mi frente la señal indeleble del sarraceno, y me mirase como alma perdida.

Ya no queda semilla de esta clase de pedantes. Todos tienen la manga ancha respecto de la lengua, y los puristas más austeros, transigen; los mismos académicos de la Crusca, y los mejores de entre ellos, dejan escapar palabras y modismos nuevos y siguen arrastrados por la corriente.

Los pedantes se van quedando atrás empujados por la Necesidad y la crítica. La antigua legion se ha reducido á un peloton, y la marea sube hasta ahogarlas casi.

Sería doloroso el que desaparecieran todos por completo.

En la literatura la variedad es riqueza, y está bien que vivan á la vez los temerarios demagogos y los rabiosos reaccionarios.

Estos Quijotes del diccionario que arremeten lanza en ristre contra las palabras, tienen su parte hermosa y no son inútiles carceleros de la lengua. La crítica microscópica realiza su fin útil.

¡Oh, buen pedante! no te incomodes contra mí si caen bajo tu vista estas páginas; te juro sobre el Coran que no tuve intencion alguna de ofenderte. Temo tu crítica, pero te amo, porque en tu mundo de palabras eres verdadero artista que ama, sufre y combate. Pido y pediré al cielo que vivas todavía largo tiempo en este valle de lágrimas y de galicismos, y que el sacerdote que te asista en los últimos momentos, hable correctamente la palabra divina. Desearé asimismo que cuando ya no existas, recuerden

todos tu nombre con cariño, nadie con *interés*; que el amigo que escriba tu necrología, no turbe el reposo de tus huesos diciendo de tí que has hecho en este mundo tu *cómpito*, antes bien proclame que has ejercitado (no, ejercido) honrosamente tu vocacion. Y pido á Dios, como una gracia, que si el alma de Petruccelli della Gattina está destinada á salvarse, la coloque en otro círculo de la gloria, distinto del tuyo para que no se turbe la felicidad de tu alma, desperdándose las iras y dolores terrenales.

Así sea.



JUAN RUFFINI



CIERTO día, estando en París, recibí una carta con la siguiente posdata:

—”Por si no lo sabe, le anuncio que Ruffini, el autor del *Doctor Antonio* y de *Lorenzo Benoni*, vive en la calle de Boulogne, núm. 36.”

Muchos, deseando conocer personalmente á un hombre ilustre á quien aman y admiran, por nada del mundo irían á llamar á su puerta sin que les acompañara un amigo de ambos, ó sin llevar carta de recomendacion en el bolsillo ó bien sin asegurarse de mil maneras de que no hay temor en presentarse sin pasar plaza de impertinente.

Yo, cuando tengo deseos de esta índole, encuentro que la manera más natural y más digna á la vez de satisfacerlo, es ir por la vía recta á casa del personaje, y decir á la criada que viene á abrir la puerta:

—Tenga la bondad de anunciar á su amo que Fulano de Tal tiene vivos deseos de verlo.—¿No me conoce? ¿qué importa? Pues qué, ¿voy yo allí para que me admire ó para admirarle? Pero, podrían suponer que el motivo de haber ido á su casa era la vulgar curiosidad ó solamente la ambicion de decir luego que le había conocido? No; porque si es un hombre de ingenio, tendrá el ojo avezado á conocer á los hombres: bastará que se fije en mi cara y me oiga dos palabras para comprender que siento viva emocion ó que habiéndome hecho algun bien, siento gratitud hácia él y que por encima de todo hay más respeto y amor en mi resolucion de presentarme por mí mismo, que en todas las vacilaciones y escrúpulos de los admiradores timoratos...

Yendo por la calle Clichy hácia la de Boulogne, pensaba en el *Doctor Antonio* que había leído hacía cinco años en primavera, convaleciente todavía de una grave enfermedad. Los libros que leemos por primera vez en la convalecencia, cuando parece que hemos renacido á nueva vida y guardamos cama, más por prudencia que por necesidad, nos hacen mirar el pedazo de cielo azul que se descubre por la ventana y las ramas verdes que asoman en la terraza de enfrente con la misma ansiedad que un prisionero. Sentimos por estos libros, cualesquiera que ellos sean, profundísima gratitud, si además son adecuados para despertar suavemente el amor por la vida que hemos temido perder y hacer desear con ardor el trabajo, y

admirar con entusiasmo la vária y hermosa naturaleza que las cuatro paredes de nuestra habitacion han ocultado por tanto tiempo; si son libros, en una palabra, que añaden dulcísima nota al himno de gratitud que se levanta del fondo de nuestro corazón hácia todo lo existente, Dios y el mundo, como si la naturaleza entera se regocijase con nuestra salvacion, animándonos á seguir con energía nuestro camino; entonces aquellos libros son amigos nuestros de toda la vida, y el nombre de quien los escribió queda en nuestra alma como el de un bienhechor.

Al entrar en la calle de Boulogne, recordé las afectuosas palabras con que un amigo mío me contó la impresion que había recibido de las novelas de *Ruffini*. Es de aquellos escritores á quienes despues de leer la última página de un libro suyo pediría uno consejo para casarse, ó á quien se confiaría su propia hermana en un viaje, poniendo en sus manos dinero, memorias secretas, cartas íntimas, todo.

Tiré de la campanilla y me abrió una criada anciana.—¿Está?—Sí; sí está.—Tenga la bondad de decirle que Fulano de Tal tiene vivísimos deseos de verle.—Desapareció, volviendo al cabo de un minuto para decirme que entrase. Entré en una modesta habitacion,—le ví—había comprendido—vino á mi encuentro sonriendo—baluceé alguna palabra—y nos sentamos.

Los primeros momentos en que se encuentran frente á frente un hombre ilustre y un desconocido im-

pulsado por el sentimiento de admiración y de afecto hacia él, pasan casi siempre en silencio porque el visitante se preocupa, aunque no quiera, en hacer la comparación de la persona que tiene delante con la que se había figurado; y el hombre ilustre, por su parte, adivinando de lo que se trata, por más que sea superior á todo género de vanidad, permanece suspenso en actitud de escudriñar en su admirador, la impresión que produce su persona.

En los momentos de inspiración, la cara de un escritor ó de un artista refleja con más limpidez que nunca la belleza de su ingenio y de su corazón. Se echa de ver, sí, una serena alegría unida á ligera turbación de pudor que hace parecer hermosa la cara más fea, despertando vivas simpatías en el alma que no haya perdido la frescura del corazón.

Ruffini tiene el aspecto de un buen padre de familia. Su semblante abierto y suave, como dicen los que sostienen que *el mundo empeora*, no se encuentra ya en nuestros tiempos. Su fisonomía recuerda los enormes retratos que adornan los salones de las casas patricias; á primera vista diríase que tiene unos sesenta años, y gozo pudiendo añadir que parece destinado á despachar otros sesenta. A pesar de su aire pacato, bien se adivina por los movimientos de su semblante y el tono profundo de su voz que ha llevado una vida agitada por vigorosas pasiones y que ha sufrido grandes dolores. Como en las páginas del *Doctor Antonio*, así en su semblante, en su acento y en

su conversación hay algo de melancólico. Melancolía templada por tanta benignidad y dulzura, que jamás se descubre lo amargo. Sus maneras y lenguaje son de una sencillez infantil, parece que siempre hemos vivido juntos, y sus miradas y preguntas hacen creer que más bien es él el que ha venido movido por los mismos sentimientos vuestros, á conoceros.

Sus primeras palabras me sorprendieron; después de tantos años aun no había perdido el acento genovés. Nació en Taggia, cerca de San Remo, sobre aquella bendita playa de la Liguria, que con maravillosa frescura supo pintar en su segunda novela. En 1848, sus conciudadanos le enviaron al Parlamento piemontés, y no hace mucho fué reelegido, á pesar de haber declarado que no podría aceptar el mandato, como así fué, *por no desollar su mano en los bierros de la tienda ajena*.

Actualmente (1873) vive una temporada en Londres, otra en Suiza, y otra en París; más tiempo en París donde cuenta con muchos amigos y recuerdos. Hace un año estuvo gravemente enfermo en este punto y aún no se había restablecido completamente; pero su convalecencia es de tal índole que muchos hombres de su edad quisieran cambiarla por su estado normal de salud.

Le hice la acostumbrada pregunta que para hombres de su temple debe parecer importuna como una mosca, por la frecuencia con que la oyen á todo el

mundo, pero que despues de todo es tan natural, que antes de pensarla sale de nuestros labios:

—¿Qué hace Vd. ahora?

—No hago nada—respondió,—porque no tengo nada que decir.

Respuesta sencilla que encierra una profunda sentencia:—Escribir cuando se siente necesidad de escribir,—ó como decía Manzoni—esperar que la musa nos venga á buscar, y no azararse corriendo detrás de ella. Añadiendo luego como para esclarecer mejor su pensamiento:

—Cada cual tiene en el saco una cierta cantidad de cosas, y cuando se vacía, si se empeña en continuar dando, no salen más que palabras.

Preguntándole si en el asunto de sus novelas había algun hecho verdadero, me respondió lo que yo esperaba:

—Conocí á casi todos los personajes, he contado sus hechos, y me he servido de sus propias palabras.

Por esto resplandece en sus narraciones un color de verdad tan vivo, que los diálogos más bien parecen oírse que leerse; confundándose los personajes en la memoria del lector, con la gente verdadera que conoció en otros tiempos, hasta el punto de tener que hacer un esfuerzo de atencion, si hemos de separar los personajes reales de los creados por la fantasía del novelista. Sabe Dios cuantas cosas le hubiera preguntado respecto de sus libros, de sus estudios y de su vida, sino me cortara los vuelos el temor de que como fino

observador, descubriera en mis ojos la intencion secreta de publicar todo cuanto salía de su boca. Así que me ví obligado á dejar que la conversacion se perdiera, recayendo sobre la interpelacion contra el decreto del prefecto de Lyon y sobre la discusion respecto á la Orden de la Legion de Honor. Ruffini conoce Francia, *intus et in cute*. Despliega hablando de política su talento penetrante y el sentido recto con que suele juzgar hombres y cosas en sus novelas. A pesar de todo no pude contenerme sin interrumpir su conversacion para traerlo á que me hablase de su persona, y cogiendo al vuelo todos los pretextos que involuntariamente daba á mis indiscretas preguntas, llegué á recojer alguna cosa.

Cómo empezó su carrera literaria lo saben casi todos, segun creo.

Emigró siendo muy jóven, fué á Lóndres, y careciendo de dinero, hubo de pensar en ganarse la vida con su propio trabajo. Antes de esto no había escrito más que artículos para periódicos, y áun cuando sintiera en su interior aquella *manía inexplicable* que agitaba el alma de Giusti antes de revelarse á sí mismo, nunca había soñado en ir subiendo por la escala del arte hasta la altura que llegó. Se le ocurrió escribir un libro, que se llamó despues *Lorenzo Benoni*, para dar á conocer en Inglaterra aquel período importantísimo de la vida italiana, despertando así un sentimiento de simpatía hácia su país, "que entonces tenía necesidad de todos." Algunos amigos aprobaron su intento ajus-

tando la publicacion con el editor de periódicos que le exhortó á que hiciera los primeros capítulos, éstos serían dados á luz en seguida para tantear la opinion pública, y dejarlo, ó seguir adelante, segun se viera.

Escribió Ruffini las primeras cien cuartillas y se las llevó; el editor no quedó satisfecho, y mudando de parecer, quiso ver todo el trabajo concluido antes de empezar la publicacion. Ruffini perdió entonces los ánimos, echó á un rincon su manuscrito y se dedicó á otras cosas. Pasado algun tiempo, estando en Paris, habiendo dado á leer lo poco que había hecho á una culta y aguda señora, hizo tales alabanzas de sus primeras páginas, y le aguijoneó de tal suerte para que siguiera adelante, que recobrados los ánimos, siguió trabajando hasta concluirlo, enviando su novela, con carta de recomendacion de su hermano, á un editor de Edimburgo, el cual aprobó, imprimió y recompensó al autor con cien libras esterlinas.

¡Fortuna inesperada! que fué, como todos saben, el primer anillo de una cadena de oro. *Lorenzo* alcanzó un éxito espléndido; la prensa inglesa tributó al autor inmensas alabanzas, y el mismo *Mazzini*, aun cuando en aquel libro hubiera alguna nota mal sonante para oídos republicanos, le expresó su admiracion en una carta.

La fama de Ruffini quedó asegurada.

Luego vino el *Doctor Antonio*, y trás de éste todas las joyas de su pluma.

¿Cómo pudo Ruffini llegar á escribir en inglés con pureza y fácil elegancia, segun dicen, y en tan breve plazo, siendo así, que cuando llegó á Inglaterra conocía poquísimos la lengua? Quiero suponer que un ingenio poderoso adivine, en gran parte, el lenguaje de que necesita para revelarse, pero ¡cuánto no debe haber trabajado en aquellas primeras luchas entre el pensamiento y la palabra, tan largas y difíciles aun para el que escribe en la lengua de su infancia; él, que debía escribir en una lengua extranjera tan diversa de la suya! ¡Yo creo que cuando vá á Londres, jamás se olvida de visitar aquel cuartito en que veló las primeras noches, con la mente turbada por pensamientos é imágenes que no hallaban salida y el corazon lleno de sentimientos que prorumpian en lágrimas antes que en palabras! ¡Quién hubiese podido en aquella ocasion decir en su oido con la voz sobrehumana que anunciaba el porvenir á los héroes de la leyenda:

—Tú serás rico, célebre y amado en este país, en el tuyo, en todos, en vida y aun despues de muerto!

Fácilmente se concibe, por palabras sueltas recogidas aquí y allá, que Ruffini se preocupase del reproche que muchos pudieran hacerle, que alguno le echó en cara ya, por haber escrito en inglés y no en italiano.

No creo, en mi sentir, que haya necesidad de disculparle; porque para hacerle este cargo, sería preciso culparle tambien de haber emigrado á Londres,

de haberse hallado en estrechez y de haber tenido necesidad de que le comprendiera el público que debía leerle. Sus libros, aun cuando escritos en inglés, son tan italianos por su asunto, sentimientos y aspiraciones, que puede afirmarse pertenecen á la literatura italiana más que á la literatura inglesa.

Escritos en italianos, ni se hubieran difundido tanto, ni hubieran logrado en igual medida el fin que su autor se propusiera:—dar á conocer á Italia y hacerla amar en el extranjero.

Ruffini hizo una obra buena en inglés; y una buena obra, lo es siempre, cualquiera que sea la forma en que se haga.

Nuestro amor propio tampoco resultaba satisfecho oyendo decir á los ingleses:—algunas de nuestras novelas más hermosas son de un italiano,—que pudiendo decir por nuestra parte:—hay un italiano que escribió algunas novelas dignas de ser colocadas al lado de las más hermosas novelas inglesas.

Estas novelas de Ruffini fueron traducidas á varias lenguas. Él mismo me habló de una traducción alemana que hacía pocos meses se había publicado, y á lo que pude entender, estas traducciones le valen algo,—exceptuadas las traducciones italianas—que no le dejan ningun beneficio. Creo poderlo afirmar así, si bien él no me lo dijo. Los libros de Ruffini fueron y son muy leídos en Italia, de lo cual puede muy bien deducirse una consecuencia no muy honrosa para el comercio literario italiano.

Me pidió informes sobre las condiciones de nuestra prensa literaria y sobre la vida que puede llevar entre nosotros un escritor á quien no le falte el favor del público.

Dícele que en Italia, un escritor muy favorecido de la opinion, puede de hoy más considerarse seguro y no morir de hambre, con tal de que trabaje el doble de lo debido si se tiene en cuenta la salud del cuerpo y del espíritu, y contando que sus libros lleguen á difundirse mucho. Y ya que él mismo me nombró un escritor joven, autor de algunas novelas que llevan ya varias ediciones agotadas, hubiera querido decirle que precisamente ese escritor, uno de los más afortunados, puede escribir todas las noches alguna página de novela, porque durante el día escribe muchos pliegos y solo Dios sabe cuánto le valen, sobre el curso forzoso del papel-moneda, sobre los arbitrios municipales sobre proyectos de ferro-carril.

Hubiérale podido nombrar otro, muerto joven, lleno de ingenio y sentimiento, laboriosísimo, cuyos libros se leían con avidez y que, sin embargo, poco tiempo antes de su muerte, veíase reducido á comer castañas pilongas. Hubiera querido hablarle de un hombre ilustre, vivo, autor de algunas obras conocidas fuera de Italia, que para poderse sostener escribe todos los días una carta política á un periódico de provincias, que envía cien pesetas mensuales á un amigo suyo, el cual pasa por corresponsal, salvando de este modo el pudor de la pobreza.

Ruffini, que se ha creado una pequeña fortuna con cuatro novelas, hubiérase sonreído.

Verdad es que se puede objetar:—Pues escribid novelas como las suyas.—Pero entre hacer una fortuna y poder vivir, hay más distancia que entre las novelas de Ruffini y los escritos de los autores indicados, con ser esta grandísima.

Y no digo esto por zaherir á Italia, sino por decir las cosas como son.

No tengo idea del tiempo que me detuve con aquel hombre,—médico de almas y creador de gente honrada,—mirándole fijamente, y con la atención absorbida para acoger cualquiera manifestación de su pensamiento, apoderándome de todas sus palabras. Creía ver á su lado, como el cortejo de todas las nobles creaciones que figuran en sus novelas, y allá en el fondo del cuadro que trazaba mi fantasía, la bella marina de la Liguria, su hermoso cielo, sus costas verdes y tranquilas que tanto nos hizo amar con sus descripciones. Oyéndole hablar italiano con lentitud y ciertos giros extranjeros, pensando luego en los años dilatados que vivió fuera de su patria, y sobre todo en Francia, en los viajes que hizo por Suiza é Inglaterra, que le alejaban de nosotros, sentía profunda melancolía y hubiera querido decirle:—Volved entre nosotros, querido amigo, si no hemos podido ayudarle en los primeros pasos de la noble carrera literaria ni recoger los primeros las flores que en ella se esparciendo, desde lejos os hemos acompa-

ñado con orgullo mezclado de sentimiento y ansiedad.

—Volved entre nosotros: necesitamos una persona querida y venerable, sobre la cual verter una parte del cariño que teníamos acumulado sobre la cabeza del viejo ilustre, cuya alma hermosa posees tú, y si no gloria en igual grado, la misma gloria: la de haber hecho el bien.

Al salir de su casa advertí por vez primera, al cabo de dos meses que llevaba en París, que mi cabeza se había despejado de un cierto aturdimiento, de un torbellino de deseos que se agitaban en tumulto en mi corazón, sin poder pensar y trabajar, como si acabase de llegar en aquel día; estado de postración que algunas veces llegaba al último extremo.

Parecía que me había vuelto pobre, estúpido y nulo de repente y que los demás al encontrarme me miraban con compasión.

Ruffini me curó de esta enfermedad. Desde entonces no he vuelto á verle. Si llegan á sus manos estas páginas, piense que los médicos deben tolerar las pequeñas indicaciones de los enfermos—acepte la pública profesión de gratitud que hago, sonría y perdóneme.

